

CRÓNICA DE MI TALLER DE ESCRITURA

Por Lolita Gardiel

Soy Dolores Gardiel Arqués. En esta crónica me desdoblaré en Lolita cuando evoque lo subjetivo y en Dolores cuando narre un hecho objetivo.

Primera sesión.

Quiero aclarar que la primera parte de esta crónica no es una crónica (aunque esta afirmación parezca contradictoria, ya verán que no lo es).

Escribe Dolores: “El pasado lunes, día 17, se celebró en la Sala Polivalente de la Biblioteca Pública de Cervelló la primera de las cuatro sesiones del curso de perfeccionamiento de la redacción escrita que corre a cargo del periodista cultural don Miquel Echarri.

El acto contó con la asistencia de la directa de la biblioteca, doña Montserrat Lara, que compartió el desarrollo de la sesión con el resto de asistentes. En palabras de don Miquel, el objetivo de estas sesiones es mejorar nuestra expresión escrita. En este empeño, optó por disertar en torno a la diferencia conceptual entre diferentes tipos de textos periodísticos como son la crónica, la columna opinión, etc.”

Lo que acaban de leer es la parte fundamental de la no-crónica que escribí de la primera sesión del taller. Hasta ese momento, yo pensaba que se trataba de encontrar una manera objetiva de contar un hecho, un acontecimiento de entre tantos que suceden y se desarrollan sin que haya en ellos nada realmente trascendente. Pronto descubrí que no era este el tipo de ejercicio que se me pedía.

Segunda sesión.

Escribe Dolores: “Leí en voz alta la crónica de la primera sesión del taller. Todos los asistentes escucharon con atención. Don Miguel se centró en mi falta de implicación personal en el texto que había escrito. En su opinión, lo que yo había hecho no era una crónica”.

Escribe Lolita: “Si tengo que implicarme mucho más en lo que narro, le abrimos la puerta a lo subjetivo. Ya no podré decir, por ejemplo, que tomé apuntes para completar la explicación del ponente. Tal vez sea mucho más interesante para los lectores advertirles de que padezco una sordera parcial, y que tomar apuntes es un recurso que me sirve para entender mejor lo que sucede a mi alrededor. Este nuevo enfoque me hace plantearme el interés que podría tener para ellos, como lectores, el hecho de que las personas mayores suelen tener problemas de audición. También deberé explicar las dificultades personales que he tenido que superar para poder asistir a estas sesiones. Así podré construir tal vez un relato épico de exaltación de la voluntad.

Escribe Dolores: “El problema es que no se nos ha ofrecido una completa definición formal de lo que es una crónica. ¿Cómo construyo una crónica si no tengo claros cuáles son sus elementos definitorios?”.

Escribe Lolita: “Intuición para saber que tenemos entre manos una buena historia y subjetividad para crear una narrativa que atrape al lector. Esos son los elementos definitorios”.

Escribe Dolores: “La intuición es indefinible y lo subjetivo es intrascendente”.

Escribe Lolita: “Pero es que esto de la crónica es literatura”.

Escribe Dolores: “Perdida en este debate conmigo mismo, recibo las fotocopias de un texto recomendado por don Miquel. Un texto de referencia siempre facilita las cosas. Supongo que en la lectura que se me recomienda encontraré lo que necesito para dilucidar el concepto de crónica”.

Tercera sesión.

Escribe Dolores: “Don Miquel muestra a los asistentes el jersey que lleva puesto y nos exhorta a que expresemos cómo lo percibimos, qué vemos en él. A mí me pareció, simplemente, un jersey viejo, a lo que don Miquel contestó que nuestra manera de percibir las cosas nos define. Ahora comprendí que un elemento necesario en una crónica debe ser la ironía. La ironía sí que puedo definirla. Aunque me parece peligrosa”.

Escribe Lolita: “Subjetividad, intuición e ironía, Ya tienes los tres elementos esenciales de una crónica”.

Escribe Dolores: “Haciendo uso de esas armas, analicé el texto que nos habían puesto como ejemplo. En mi libreta de notas se acumulan las ideas. Soy feliz, y mi entusiasmo no quiebra ni tan siquiera porque soy consciente de mi incapacidad para definir conceptos como idea o felicidad. Nadie puede dudar de su existencia. No voy a preocuparme por eso ahora. Las palabras disimulan mi desconocimiento. Siempre es así, no hay ningún motivo para sentirse mal.

Apunto en mi libreta:

Idea primera. Debo huir de mis dudas incapacitantes.

Retomando mi narración y rechazando decididamente cualquier justificación para abandonar mi relato, afirmo rotundamente que, hoy, todo lo anterior no me importa. Es irrelevante, porque hoy tengo un objetivo.

Idea segunda. Tener objetivos claros es muy importante. Sucede muy pocas veces en la vida. Cuando descubres un objetivo, independientemente de su tamaño y forma, todo se ordena y cobra sentido. Tener un objetivo debe ser algo parecido a tener una idea.

Conjugando la primera y la segunda idea de mi libreta, me lanzo a anotar compulsivamente palabras que me recuerdan episodios vividos en el pasado. Hechos que se convertirán en la estructura narrativa de mi crónica. Esta vez no puedo fallar. Si mi primera crónica no decía nada de mí, en esta me mostraré de manera absoluta y convertiré un torrente de sucesos anónimos en elementos clave de un relato apasionante.

Abro mi libreta en el apartado de crónica y continúo desde allí.

Uno.



Hace muchos años compartí mi existencia con una perrita que se llamaba Marilyn. Al final de sus días, le daba pastillas. Como era de raza caniche, la vestía glamurosamente. Juraría que Marilyn odiaba sinceramente a todas sus congéneres caniches femeninas, pero nunca me lo contó.

Era muy inteligente, sin duda. Afortunadamente, al tratarse de un can de raza caniche, puedo usar la palabra "perrita" evitando de esta manera apelativos malsonantes. De no ser este el caso, no duden que hubiera recurrido en su lugar a mi mascota Jacobo, que era un ratón.

Dos.

Conocí a un actor aficionado que tenía como nombre artístico Flynn y tocaba el piano. Aunque lo hacía con los dedos de las manos y eso es muy convencional.

Tres.

He ido a muchos funerales y ceremonias de recordatorio de personas difuntas, pero mi perrita Marilyn se quedaba en casa. En algunas de estas ceremonias, se tocó el órgano con las manos. No recuerdo ningún piano.

Cuatro.

Una vez vi una película en la que un perro llamado Truman se moría de cáncer y acompañaba a su amo en su afán para encontrarle un nuevo perro. Esto lo cuento así para mostrar que domino la ironía, todo el mundo sabe que Truman era, en realidad, el amo. Es decir, que creo que hay una versión en que era el dueño el que sufría un cáncer y buscaba un nuevo dueño para Truman, el perro.

Quinto.

El rey del capote fue Manolete. No tengo ninguna prueba que sustente esta afirmación, pero la tauromaquia da mucho juego literario y estético. Nadie puede rebatir un argumento de este tipo. ¿Quién no recuerda la imagen de Ava Gardner sonriendo en el tendido de una plaza de toros?

Sexto.

Las palabras me sirven tanto para ocultar mi ignorancia como para convertir a Truman Capote (TC) en un perro fiel afligido por la muerte de su amo (o a la inversa, según la versión que nos interese más) y, a la vez en instrumento de arte taurino. ¡He dividido su alma!

Estoy convencida de que TC siempre tuvo su alma dividida. No puede ser de otra manera. También las palabras han conseguido convertir a M en una caniche inteligente y presumida. Con Flynn me he limitado a conservarle su trabajo de actor: el resto de sus habilidades son inalcanzables en mi imaginación.

Lo tengo todo: Truman, Capote, Flynn, Marilyn, un piano, un órgano. Solo me falta encontrar un secreto para compartir, una confidencia de esas que solo comparten personas unidas por una amistad inquebrantable y total. Resulta difícil imaginar qué pueden compartir un caniche de nombre Marilyn, un perro grande como Truman y un aficionado al teatro apodado Flynn. Definitivamente, mejor no seguir muy de cerca el



ejemplo del modelo de crónica propuesto, dado que, en él, TC y M comparten amantes. Y eso, en nuestro caso, nos arrastraría al terreno de lo perverso.

Séptimo.

El circo será el pasado común y, a la vez, el secreto compartido de mis personajes, que coinciden en el espacio y en el tiempo para rendir homenaje a la memoria de su domador, recientemente fallecido.

Octavo.

Mi crónica descubrirá, a través de una conservación inteligente y brillante entre Flynn, Manolete y yo misma, los secretos mejor guardados del circo Collier”.

Escribe Dolores Gardiel Arqués: “Como pueden adivinar, soy incapaz de redactar un texto de semejantes características. Lo que sí puedo afirmar es que, en la crónica propuesta, *Una hermosa criatura*, Truman Capote se muestra subjetivo, intuitivo e irónico y nos cuenta lo que todos queremos saber de Marilyn. Claro que, para que esto último tenga interés, Marilyn tuvo primero que convertirse en un mito”.